



UNIVERSIDAD NACIONAL DE SAN JUAN
FACULTAD DE FILOSOFIA, HUMANIDADES Y ARTES
INSTITUTO DE LITERATURAS RICARDO GUIRALDES

PALABRAS EN EL HOMENAJE A BORGES REALIZADO EN SAN JUAN
-AGOSTO DE 1991-

MARTHA MERCADER

SAN JUAN
REPUBLICA ARGENTINA
AÑO DEL V CENTENARIO DEL DESCUBRIMIENTO DE AMERICA
1992

UNIVERSIDAD NACIONAL DE SAN JUAN. FACULTAD DE FILOSOFIA,
HUMANIDADES Y ARTES. AREA PUBLICACIONES. COORDINADOR:
PROFESOR GABRIEL EDUARDO BRIZUELA. CORRESPONDENCIA A: AV.
JOSE IGNACIO DE LA ROZA 230 OESTE. C.P. 5400 SAN JUAN.
REPUBLICA ARGENTINA. TELEFONOS: (064) 222074 - 228577 -
222643 - 228422. FAX N° + 54 - 64 - 214586.
IMPRESA DE LA FACULTAD DE FILOSOFIA, HUMANIDADES Y ARTES.
DIRECCION: LUIS INOJOSA.
PROCESADO, DIAGRAMADO Y CORREGIDO POR: PROFESORA ALEJANDRA
BIRAL.
APOYO TECNICO: PROFESORA MARIA L. W. DE ELIZONDO Y RICHARD
KARAM.
QUEDA HECHO EL DEPOSITO QUE MARCA LA LEY 11723.
LAS OPINIONES VERTIDADES EN EL PRESENTE TRABAJO SON
RESPONSABILIDAD DEL AUTOR.

El mejor homenaje que podría rendirle a nuestro querido Borges sería no cometer demasiados lugares comunes en su nombre.

Borges es uno de los autores más citados del mundo; la oculta virtud de sus palabras pone a menudo en movimiento a Marguerite Yourcenar, a Umberto Eco, a Michel Foulcault, a Levi Strauss y a tantos otros ilustres lectores.

Más citado, imitado, plagiado clandestina o abiertamente. En mis palabras de hoy será notorio el liberal usufructo de borgianismos. Tómese la desaparición por mi parte de algunas comillas como otro homenaje al maestro. Mucho me temo que en esto, no me diferencie demasiado de los Yahoos estudiados por David Brodie, que devoraban crudos a los hechiceros y los reyes para asimilar su virtud.

A su vez, Borges es un citador excesivo. No cesa de intercalar citas auténticas con apócrifas, con o sin comillas, para desconcierto y regocijo de lectores y, sobre todo, para su propio regocijo, quizás como una manera de entretener su propio desconcierto ante el incomprensible universo.

Se nutre en cualquier recodo, siempre inesperado, de la literatura universal, pero es a la literatura inglesa a la que recurre con más frecuencia.

Cita tanto cuando escribe en prosa como cuando escribe poesía. Lo extraordinario es que no arruine la poesía con la erudición, sino todo lo contrario.

Una vez, siendo yo estudiante, interesada por la influencia de la literatura inglesa en Borges, subrayé unas ciento cuarenta citas de autores ingleses, además de enciclopedias británicas y traducciones inglesas de la Ilíada, de la Odisea, de libros orientales, de sagas del Norte, de baladas, de las kenningar...

El más citado resultó Shakespeare; conté treinta y siete inclusiones de su nombre. Todavía le faltaban escribir El informe de Brodie, Elogio de la sombra, El oro de los tigres, El libro de arena, Atlas... y tantas páginas más. Después, perdí la cuenta.

Pobre sería aquella investigación de juventud si hubiera concluido con el descubrimiento perogrullesco de la

influencia de Chesterton, Stevenson, Wells o Berkeley sobre su obra, cosa que él mismo se ha ocupado en proclamar con obsesiva reiteración.

¿Eso es todo? Nunca será eso todo, tratándose de quien se trata. Siempre habrá un más y un menos, un vericuetos, una rutilación de espejos.

Pequeño detalle: Borges nunca cita a Laurence Sterne, con quien comparte algunos de sus procedimientos más eficaces, inspirados seguramente en una misma tradición común, la del ingenio erudito británico.

En cuanto a poetas, el nombre de Walt Whitman y de Edgard Allan Poe no se le caen de los labios, pero es más bien el estilo de John Donne y la escuela metafísica inglesa como Borges viste púdicamente el sentimiento de erudición, unificando la aprehensión racional, sensorial y emotiva de la realidad en un solo acto de creación.

De todas maneras, afirmar una relación de causalidad entre la inspiración de un escritor y sus fuentes es siempre discutible. Además, es baladí... como diría el homenajeado. No hay necesidad de saber quién fue John Donne para apreciar los poemas de Borges.

Aventuro una hipótesis, al estilo borgeano:

Borges, desconcertado ante un mundo desconcertante, intenta en el siglo XX, como el obispo Wilkins en el siglo XVII, idear un sistema de notación que lo haga inteligible. Este sistema se apoyaría en el idealismo cartesiano y el empirismo inglés, llevando a sus últimas consecuencias el pensamiento de Hume. Después de suprimir los fundamentos racionalistas de la realidad, sin nociones de sustancia y causalidad a qué asirse, Borges cobra impulso en ese escepticismo radical y crea un laberinto de palabras, una serie de bellas y lúcidas variaciones sobre el desconcierto, un libro de arena, un elogio de la sombra.

El conflicto de Borges, y su originalidad, residiría en que, siendo él Locke, Berkeley y Hume, también puede ser Keats, de veintitres años, cantando al ruiseñor en un jardín de Hamstead, o acaso Alexander Selkirk, o cuando sus versos ritman / la vida y su esplendor..., Walt Whitman; que, obsesionado por la búsqueda platónica de arquetipos,

descubre que lo individual, lo aristotélico, es irreductible, inasimilable, impar. Varias veces dice que Shakespeare, a fuerza de no ser nadie, llegó a ser todos. Borges, a la inversa, a fuerza de aprehender lo universal, llegó a lo particular, a ser Jorge Luis Borges.

Estas trasmutaciones también afectan a sus lectores.

Si antes, con Borges, yo fui el estudiante que busca a Almotásim, y también el rabino de Praga que mira con ternura y horror al Golem, ahora, al cabo de los años, soy más bien Tadeo Cruz, y la mujer que lo engendró; soy la intrusa de esa breve y trágica crónica de orilleros, atribuida a los hermanos Nilsen; soy Laprida huyendo hacia el Sur por arrabales últimos; soy alguien que, en el cóncavo silencio de los patios de una Buenos Aires que no alcanzó a conocer, medita sobre la patria, que es nadie, pero que somos todos.

Borges nos recuerda que Coleridge observa que todos los hombres nacen aristotélicos o platónicos. Lo real, para los primeros, son los individuos; para los segundos, los conceptos abstractos. Aparentemente, toda la obra de Borges oscila entre estos dos polos; también oscila entre la búsqueda de la luz y la desconfianza hacia cualquier iluminación, provenga de la historia, de la filosofía o de la teología.

En el prólogo de *El informe de Brodie* (1974), dice:

"Unos cuantos argumentos me han hostigado a lo largo del tiempo; soy decididamente monótono."

Esos argumentos no son otra cosa, son nada menos que una divagación sobre el tiempo del que estamos hechos y que inexplicablemente compartimos con otros, el infinito, el eterno retorno, el soñador soñado, el sentido del universo, el caos, la relación del hombre con las divinidades, en las que descrea y la relación de la obra con su creador, el solipsismo, la libertad, los laberintos, las espadas, la coincidencia de la biografía de un hombre con la historia de todos los hombres...

Pero para no ponerse solemne, Borges nos advierte:

"Olvidadizo de que ya lo era, quise también ser argentino. Incurrí en la arriesgada adquisición de uno o dos diccionarios de argentinismos, que me suministraron palabras

que hoy apenas puedo descifrar."

Bromas aparte, ni su erudición universal ni su adolescencia en Ginebra y su juventud en Madrid y Sevilla y su frecuentación del modernismo pueden disimular que también pertenece a los barrios familiares, al épico Junín de los soldados de su abuelo, que detuvo las lanzas del desierto, a un portón gastado en una calle del Sur, con sus jarrones de mampostería, a las inscripciones de los carros...

Este Borges es quien escribe el Poema conjetural, (en El otro, el mismo) dedicado a la muerte de Laprida.

El mismo ha reconocido que es uno de los mejores poemas y ha explicado que cuando lo publicó, no era sólo histórico del pasado sino histórico de lo contemporáneo. Fue escrito en los años 60 y sigue siendo contemporáneo. Es de desear que no siga prefigurando nuestro futuro.

La magia de la poesía consistiría en transmutar la crónica de un horror particular en una obra maestra universal.

En sus Recuerdos históricos sobre la provincia de Cuyo, tomo II, publicado en Buenos Aires en 1898, Damián Hudson, testigo presencial, narra los últimos días de septiembre de 1829 en la ciudad de Mendoza, atacada por las fuerzas del coronel-fraile Félix Aldao y sus hermanos. La escena es una descripción, una más, en una prosa deslucida, de las innumerables luchas fratricidas que asolaron nuestro país hasta la Organización Nacional. La tragedia del cuadro no impide señalar un dato de otro orden: cuando Francisco de Laprida se une a un grupo de jóvenes que intenta llegar a San Luis para incorporarse al ejército del General Paz, el gobernador de Mendoza le ruega "al honorable y distinguido anciano" que no exponga su vida. El anciano Laprida tenía 49 años.

Damián Hudson describe el potrero de alfalfa cercado de tapia donde el grupo unitario hace un alto para descansar, cuenta cómo los montoneros de Aldao se van acercando, cómo los acosan, cómo el día 22 abren una brecha y penetran y los sitiados se desbandan en medio de la degollina. Dice Damián Hudson: "El doctor Laprida logró salir del potrero, cuando ya estaba invadido y marchó a la ventura hacia el sud, por

calles y callejuelas, que no conocía, en esa parte de los suburbios de Mendoza. Se ha dicho que, a poco de andar...fue asesinado. No se pudo encontrar su cadáver."

En el prólogo a su Obra poética, publicada en 1964, Borges explica:

"Tres suertes puede correr un libro de versos; puede ser adjudicado al olvido, puede no dejar una sola línea pero sí una imagen total del hombre que lo hizo, puede legar a las antologías unos pocos poemas. Si el tercero fuera mi caso yo querría sobrevivir en el Poema conjetural, en el Poema de los dones, en El golem y en Límites".

Pura coquetería. Borges ha pasado a la historia por su obra completa. Hay pocos escritores que hayan publicado menos líneas prescindibles que Borges. Todo en él es esencial.

El Poema conjetural muestra su conocido gusto por lo narrativo y coloquial, un deliberado prosaísmo que ha sido y sigue siendo recurso de la poesía de habla inglesa. La confesión de Laprida, a punto de morir, recuerda los epitafios que Edgar Lee Masters puso en boca de los muertos del cementerio de Spoon River, un pueblito de Middle West. No he registrado que Borges haya leído a Masters ni creo que importe.

El poema no se queda en lo coloquial; apunta a temas fundamentales, que sobrecogen al hombre de ayer y de hoy, al amalgamar experiencias sorpresivamente dispares. Trasmuta ideas en sensaciones; transforma una observación en un estado de ánimo; la innovación -en nuestra literatura castellana- consiste en mezclar sentimiento, lógica, teología y filosofía de la historia sin perder la vibración poética. Audaz combinación de épica y de lírica. La experiencia del hombre ordinario es caótica, fragmentaria: huir de la persecución y meditar sobre el destino de la patria son dos experiencias que no tienen relación la una con la otra; Borges las junta y nos regala un poema conjetural que es a la vez definitorio.

Compara a Laprida con "aquel capitán del Purgatorio, que huyendo a pie y ensangrentando el llano, fue cegado y tumbado por la muerte donde un oscuro río pierde el nombre".

En estos versos Borges intercala sin comillas una línea entera, la 99, del Canto V del Purgatorio de la Divina Comedia y regresa a una calle de Mendoza.

No creo que Borges eligiera sus referencias al azar. Sus pistas tienen varias lecturas, algunas obvias, otras crípticas. Borges ubica al hombre que presidió el Congreso de Tucumán -el que descubre en la cara de la muerte su destino sudamericano- en el segundo reborde del Purgatorio, un ámbito visitado por la pena pero no cerrado a la esperanza, donde están los negligentes y los pecadores arrepentidos in extremis, muertos por actos de violencia ajena.

En su búsqueda de lo universal y arquetípico, Borges simplifica. Así, el impacto es mayor. Laprida, el hombre que anhelaba la paz civilizada por medio de la ley, cae asesinado por los gauchos bárbaros. Sabemos que la historia no fue tan sencilla; no hay una sola página, una sola palabra, que lo sea, ya que todas postulan el universo, cuyo más notorio atributo es la complejidad, como decía Borges. Pero la literatura, para él, impone su magia por artificios; el lector acaba por reconocerlos o desdeñarlos; de ahí la constante necesidad de mínimas o máximas variaciones, que pueden recuperar un pasado o prefigurar un porvenir.

Sea como sea, y esto también lo sabía Borges, la literatura trasciende la literatura. Si nos ilumina -como la lejana luz de Almotásim- es por que su resplandor rescata lo que tenemos de específicamente humano.

En su Poema conjetural, Borges quiso rendir homenaje a la Argentina tolerante y pluralista, la educadora, la civilizadora, en eterna lucha contra el autoritarismo, hijo y padre de analfabetos, ya anden a caballo o a cuatro ruedas.

En la Oda escrita en 1966, dijo:

"Nadie es la patria, ni siquiera el tiempo
cargado de batallas, de espadas y de éxodos

.....

La patria, amigos, es un acto perpetuo
como el perpetuo mundo...

.....

Nadie es la patria, pero todos debemos
ser dignos del antiguo juramento
que prestaron aquellos caballeros
de ser lo que ignoraban, argentinos,
de ser lo que serían por el hecho
de haber jurado en esa vieja casa.
.....

El Borges que escribió esa Oda es el mismo que escribió
el Poema conjetural.

Para terminar, si me permiten, lo leeré:

El doctor Francisco Laprida, asesinado el día 22 de
septiembre de 1829 por los montoneros de Aldao, piensa antes
de morir:

Zumban las balas en la tarde última.
Hay viento y hay cenizas en el viento,
se dispersan el día y la batalla
deforme, la victoria es de los otros.
Vencen los bárbaros, los gauchos vencen.
Yo, que estudié las leyes y los cánones,
yo, Francisco Narciso de Laprida,
cuya voz declaró la independencia
de estas crueles provincias, derrotado,
de sangre y de sudor manchado el rostro,
sin esperanza ni temor, perdido,
huyo hacia el Sur por arrabales últimos.

Como aquel capitán del Purgatorio
que, huyendo a pie y ensangrentando el llano,
fue cegado y tumbado por la muerte
donde un oscuro río pierde el nombre,
así habré de caer. Hoy es el término.
La noche lateral de los pantanos
me acecha y me demora. Oigo los cascacos
de mi caliente muerte que me busca
con jinetes, con belfos y con lanzas.

Yo, que anhelé ser otro, ser un hombre
de sentencias, de libros, de dictámenes,

a cielo abierto yaceré entre ciénagas;
pero me endiosa el pecho enexplicable
un júbilo secreto. Al fin me encuentro
con mi destino sudamericano.
A esta ruinosa tarde me llevaba
el laberinto múltiple de pasos
que mis días tejieron desde un día
de la niñez. Al fin he descubierto
la recóndita clave de mis años,
la letra que faltaba, la perfecta
forma que supo Dios desde el principio.
En el espejo de esta noche alcanzo
mi insospechado rostro eterno. El círculo
se va a cerrar. Yo aguardo que así sea.

Pisan mis pies la sombra de las lanzas
que me buscan. Las befas de mi muerte,
los jinetes, las crines, los caballos,
se ciernen sobre mí... Ya el primer golpe,
ya el duro hierro que me raja el pecho,
el íntimo cuchillo en la garganta.